

BOLETIN-REVISTA

DEL

ATENEO DE VALENCIA.

TOMO V.

15 de Diciembre de 1872.

NÚM. 61.

CERVANTES Y EL QUIJOTE

POR D. FRANCISCO M. TUBINO.

(Estudios críticos.)

.....Después ha publicado D. Francisco M. Tubino, *El Barrio de las Musas*, Cervantes revolucionario, uno de los artículos de mas *esprit* que tiene su inspirado autor, y en el que á vuelta de mil y mil rodeos, no se encuentra — una vez justificado el epigrafe— mas que la prueba de la mucha estima en que siempre tuvieron los extrangeros á nuestro INGENIOSO HIDALGO; *Aliaga*, presunto autor de *D. Quijote el Malo* que es la historia sintetizada del P. Fray Luis de Aliaga. *Aliaga no es el autor del Quijote* en que prueba suficientemente, apoyado en los historiadores Carrillo, Andrés de Uztarroz, Murillo, Blanco de Lanuza y Ballesteros, que no fue Aliaga, ni pudo ser, el autor que bajo el seudónimo de Alonso Fernandez de Avellaneda, publicó la segunda parte del QUIJOTE.....

Fernán Herrán en el artículo
El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha por M. de Cervantes Saavedra y los Cervantistas, publicado en el número 25 del Museo.

Quando merced á concienzudos estudios y largas peregrinaciones, hechas por distinguidos literatos, con el objeto de averiguar quién era el autor que publicara el *segundo tomo del Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*, se habia conseguido de una manera clara y terminante averiguar al parecer el verdadero nombre del que se ocultara bajo el seudónimo de *Alonso Fernandez de Avellaneda*, aparece D. Francisco M. Tubino en el palenque literario, y con la publicacion de sus escritos sobre el asunto, objeto de la cuestion, consigue — como luego probaré — negar fundadamente lo que aquellos habian sentado, y probar de una manera satisfactoria que Fray Luis de Aliaga no es el Fernandez de Avellaneda á que se refieren.

Empezaron á decir: Mayans, que bajo el seudónimo se encerraba un alto personaje, ó un sugeto «bajo y despreciable;» Murillo que era eclesiástico; Rios que escribía comedias; Pellicer que habia nacido en Aragon y le considera religioso de la Orden tercera; Navarrete haciéndose cargo, pero tergiversando las palabras de los anteriores rebuscadores, denigra al afamado novelista, presentándole tímido y cobarde, cuando á excesiva prudencia y juiciosa discrecion solamente debiera atribuirse su conducta: Cea Bermudez se atreve á asegurar, fundado en documentos relativos á Cervantes, que habia descubierto en el archivo de Indias de Sevilla, que Avellaneda es Juan Blanco de Paz, opinion que desecharon, ó al menos admitieron con gran reserva Navarrete y Clemencin. Castro en 1846 estampa en su libro «El conde duque de Olivares y el rey Felipe IV,» que el falso autor del D. Quijote no es otro que Fray Luis de Aliaga, y con estos datos y otros mas curiosos é importantes, y pasando por una série de vacilaciones y dudas, se declaran partidarios de la especie divulgada por Castro, Gallardo, Rosell, Barrera, Harzenbuch y Fernandez Guerra.

A exponer y rebatir estas ideas, van destinados los ocho primeros párrafos que forman el capítulo primero, cuyo epigrafe es: *Cervantes y Luis de Aliaga*, y en ellos no se sabe qué admirar mas, si la erudicion de que hace gala el autor de *Murillo*, ó la crítica con que desmenuza y destruye todos los argumentos de sus contrarios. Si los numerosos datos que expone son verdaderos, como parece probarlo con escritores de otra época, ya lo he dicho antes de ahora, Tubino prueba á mi entender suficientemente, que Aliaga no es el que se oculta bajo el seudónimo de Alonso Fernandez de Avellaneda.

Se ocupa en el párrafo I de la *Aparicion del falso D. Quijote*; pinta la situacion de Cervantes, y discurre algun tanto sobre el objeto y mérito del falso *D. Quijote*, manifestando sobre lo primero que el tal Avellaneda alentaba grandes y dilatadas pretensiones literarias; y en cuanto á lo segundo, que no le faltaron inventiva, talento, letras y doctrina, siquiera careciese de gusto, la cualidad, quizá, mas relevante del mutilado soldado de Lepanto.

Los críticos en busca del autor anónimo titula al II, exponiendo sintéticamente todas —hasta las mas absurdas— ideas vertidas sobre el asunto, saliendo mas de una vez en defensa del escritor objeto de su libro, á quien en no pocas ocasiones dejan los criticos mal parado, á cámbio de hacer triunfar la especie por ellos apadrinada.

A la *biografía apócrifa de Aliaga* que ocupa el corto párrafo III, contenta el ilustrado Tubino con la *biografía auténtica de Aliaga* contenida en el IV.

El V, mas extenso que los otros, es tambien el de mas impor-

tancia; en él desecha como insostenible, que Aliaga fue motejado desde niño con el apodo de Sancho; con el buen sentido, refuta victoriosamente la apreciacion que hicieran anteriores escritores, asegurando que Aliaga concurrió á las justas de Zaragoza, con la autoridad de Carrillo, Diez de Aux, Murillo, Uztarroz, Antonio, Velasco de Lanuza, Ballester y Madalena, niega que Avellaneda fuese *escritor* y poeta, y termina exponiendo la imposibilidad de que sea de Aliaga *La Venganza de la Lengua Española*, pues estando basada sobre el *Cuento de Cuentos* de Quevedo, y no habiéndose publicado esta obra antes del año 1628, mal podia Aliaga publicar su *Venganza* el año 1629, esto es, tres años despues de su muerte.

Minuciosamente prueba en el párrafo VI que el *fin con que se escribió el Quijote apócrifo* fue ante todo «probar que podia escribir un libro de la índole del cervantesco, con tanto gracejo, aticismo é inventiva, y de iguales tendencias literarias,» pero á lo que tan de manifiesto pone el Sr. Tubino, debe unirse en mi concepto, —y siento disentir del pensamiento del autor del libro de que me ocupo— un deseo de venganza contra Cervantes que se evidencia en todas las páginas del prólogo que puso Avellaneda en la segunda parte de *Don Quijote*, publicada en 1614.

Una profunda y filosófica excursion por el campo de las ideas que constituian la manera de ser literaria de la edad media y principios de la moderna, hace en el párrafo VII que intitula *éxito del Quijote. —Los émulos.— La desventura de Cervantes.* En él se ocupa de censurar la inquina de que estaban poseidos la mayor parte de los escritores de nuestro siglo de Oro contra nuestro peregrino ingénio. Todo lo cual hace que este sea uno de los en que mas se echa de ver, esa crítica filosófica que tanto distingue al Sr. Tubino. Y termina este capítulo con el resumen de todo lo expuesto en el párrafo VII.

Tal como lo hemos sintetizado, el capítulo primero, es indudablemente, el mejor del libro, y de un valor tanto mas subido, cuanto que en él se plantean y resuelven quizá cuestiones importantísimas, que darian lugar á notables controversias, si no fuesen tan contundentes y acabados los datos y las razones alegadas que inutilizan completamente á los que disienten de las opiniones del sevillano publicista, que son en mi concepto las verdaderas como he tenido el gusto de manifestar, mucho antes de que viese la luz el libro *Cervantes y el Quijote*.

El *Barrio de las Musas ó de Cervantes* viene á continuacion, si bien no estoy conforme con la observacion del notable critico Sr. Revilla acerca de la inconveniencia é impropiedad de colocar este capítulo en el libro de que me ocupo, no puedo dejar de manifestar que hubiera deseado verle en último lugar, porque tiene menos importan-

cia y relacion cervantesca que los demás que forman el resto del apreciado volúmen.

En el *Barrio de las Musas* del Sr. Tubino, con una pasmosa erudicion, señala la aficion decidida que la mayor parte de nuestros grandes hombres, han tenido quizás inconscientemente á vivir en las calles que habitaron nuestros ingénios del siglo XVII, y especialmente el inmortal repartidor de contribuciones.

De tres párrafos se compone el capítulo III, y en él resuelve la cuestion del *sentido oculto del Quijote*. Expone primero doctrinas ajenas, sienta las suyas en el segundo, y rebate aquellas en el tercero que ocupara, mejor el lugar anterior, si no terminase con un pensamiento que es objeto principal del capítulo.

Escusado es que Gaiton, Jarvis y Rios malgasten el tiempo en probar, el primero que el Quijote se escribió para satirizar á sus contemporáneos y perseguir al catolicismo, atribuir Jarvis á Cervantes sus ideas morales y religiosas, y señalar Rios semejanzas entre el *Quijote* y la *Iliada*; escusado es tambien que entendidos criticos, entre ellos Bowle, pretendan encontrar una doctrina esotérica, aprovechando ocasion semejante para *hacer alarde de las propias ideas cargándolas arbitrariamente á la cuenta del original*, porque el Sr. Tubino, poniéndose en el verdadero lugar y en terreno firme, y colocándose al lado de los que ateniéndose al texto de la obra, entendiéndola y apreciándola como Cervantes quiso que se entendiese y apreciase, abrazaron el laudable propósito de *quilatar sus bellezas orgánicas, ya determinándolas perspicua y discretamente, ora realizándolas por medio de las explicaciones mas oportunas*, prueba despues de hacer referencia á los *Papeles de Estado*, en donde parece se afirmaba que el *Quijote* era una inventiva contra ciertas eminencias contemporáneas, apoyado en la negativa que de la veracidad de tal especie le diera el respetable historiador Tomás Gar, que la «donosa novela no es mas que un libro de honesto pasatiempo colocado en sitio preeminente en el aprecio universal, gracias á las singularísimas dotes que le avaloran.»

Figúraseme, sin que vaya por eso tan allá, como los utopistas bibliófilos ya citados, que puede admitirse que el Quijote está lleno de alusiones á notables personajes que por aquel entonces figuraran, sin que esto sea argumento favorable á rebajar en lo mas mínimo el mérito de tan singular obra; y esto se confirma y fundamenta mucho mas, si se atiende á que natural era, y hoy lo es, que al atacar despreciables vicios que dañan á una institucion, se censure mas acremente que el vicio mismo, al que es origen de su entronamiento.

Este capítulo es, en el que mas conocimiento del Quijote demuestra el Sr. Tubino, y tan acabadamente retrata á Cervantes, que no resistimos á la idea de transcribir el siguiente elocuente párrafo:

«Como artista, pertenece Cervantes á su siglo; como pensador á la posteridad. Con el pincel y los colores traza magistralmente el retrato de la España contemporánea; cuando esmalta su obra de reflexiones morales, abandona la religion en que vive y se espacia en los dominios de lo porvenir; llevado en alas de una intuicion portentosa, y ejecuta esto sin deliberado acuerdo; es la consecuencia necesaria del talento, siempre que se remonta á las alturas del génio. Posée Cervantes toda la filosofía moral de su época, y además el gérmen de lo que esa filosofía habrá de ser en lo futuro.»

«Conocedor discreto del corazon humano, sabe herir sus mas delicadas fibras y arrancarle ecos profundos y sorprender sus secretos; educado en la ruda escuela del sufrimiento, testifica una experiencia que encanta por la melancólica suavidad con que se impone. Rie y llora, baja á las posadas y huella las alfombras palaciegas, discute con las mozas del partido y con las damas de mas alto copete, tiene resignacion para todas las desventuras, salida para todas las dificultades, respuesta para todos los argumentos, solucion para todos los problemas, consuelo para todos los infortunios; si aconseja, sus palabras parecen aconsejadas por la buena fé del mayor quilate; si discurre sobre las grandes cuestiones de la vida, son sus pensamientos áureas sentencias que merecian entallarse en duros mármoles y finos broncees; rinde culto idolátrico á la virtud, á la razon y al derecho; y la independencia del alma antójasesele encumbrada y superior aristocracia. Su héroe, aun en los trances mas duros, no doblega la cerviz, como él no la inclinó jamás, ni bajo el peso de la inconsiderada injusticia, ni ante la satánica vanidad del poderoso, prefiriendo el pedazo de pan otorgado por el cielo clemente, que no la hartura si esta encadenaba la voluntad en los hierros de la agena dependencia.»

De menos importancia que el anterior es el capítulo IV, en que para poder juzgar atinadamente la situacion y propósitos de Cervantes al escribir su *Ingenioso Hidalgo*, historia el Sr. Tubino muy á la ligera algunos acontecimientos notables en los fastos de la caballería andante, censura el tenáz empeño con que defendian los nobles de la sangre y del talento el quijotismo que entonces dominaba, y aprovecha ocasion tan oportuna para descargar sendos y triplicados golpes sobre la constitucion actual de nuestra sociedad, y mas especialmente á las reminiscencias que de la antigua conserva, terminando con el problema —propio de las especulaciones de la filosofía.— «Cervantes concluyó con la caballería andantesca de los libros; pero, ¿consiguió matarla en la sociedad española? ¿No alienta en ella su espíritu modificado por los progresos y mudanzas de los tiempos?»

Llégame el caso de examinar el último capítulo, uno de los mas

importantes que contiene el libro *Cervantes y el Quijote*, que con el título de *¿Necesita el Quijote comentario?* abraza dos extremos y en otros tantos párrafos se divide, para de esta manera poder estudiarlos con la debida separacion pero no sin guardar una relacion justa y legitima.

Se ocupa en el primero del asunto á que hace referencia en el epigrafe del capitulo, y una vez concedido que el *Quijote* necesita comentario, expone en el segundo «el carácter que debe tener el comento, si su utilidad no ha de ser mínima, mentida ó problemática.»

Opina el Sr. Tubino, que cuando salió á luz el *Quijote*, bastaba un mediano discernimiento para comprender la fábula completamente real, y que como aseguró Faria y Souza, «apenas si tenia accion perdida ó acaso sin ejemplar, ó abierta, ó satánica ó figuradamente,» y buena prueba de todo ello, es, el que desde el momento que pasó al público dominio fueron quilatadas las bellezas, y «entendida la enseñanza directa de que era mensagero.» Consecuencia de lo cual, es la inutilidad del comento. Pero mudados los sentimientos, alteradas las creencias, reformada completamente la apreciacion de las cosas, hoy, es necesario el auxilio de los doctos que nos presenten los sucesos con la relacion que entonces tuvieran, y que como verdad presente no necesitó de enseñanza.

El Sr. Tubino reconoce la necesidad de un comentario, pero un comentario que no esté reducido á censurar faltas gramaticales, decir que tal frase es arcáica ó exótica, enaltecer las descripciones pintorescas y aplaudir las imágenes brillantes y los párrafos grandilocuentes. El comentario perpétuo del *Quijote*, segun el entendido Tubino, que todavia no se ha escrito, ha de ser esencialmente filosófico, porque de esta manera se conocerán los «antecedentes morales y literarios de la obra, su mision elocuente y la consecuencia mediata ó inmediata de su aparicion,» y el comentario además de ser mas racional, será imperecedero, eterno, y no vivirá con la época en que se escriba como ha sucedido con la mayor parte de los que se han escrito, sin que por esto trate de censurar en lo mas mínimo, sino por el contrario de aplaudir á Bowle, Viardot, Rios, Pellicer, Bastus, Clemencin, y tantos otros como han dedicado sus desvelos á la obra del valeroso y desgraciado Manco.

Termina el precioso tomo que es objeto de mis observaciones con *La Sepultura de Cervantes*, capitulo en que discurre sobre la mísera existencia que llevó aquel ingénio en sus últimos años; algo se refiere al acto de profesar en el convento de las Trinitarias su hija Doña Isabel y principalmente narra el entierro del cadáver de Cervantes llevado á efecto el 24 de Abril de 1616. Deja vagar en algunos momentos á su fantasía —que como meridional ha de ser bri-

llante, — y describe con mano maestra las impresiones que siente su corazon entusiasta al examinar aquellas sepulturas.

Lleva el libro por apéndice 66 ilustraciones y notas que sirven para confirmar una vez mas y con mayor fundamento, los asertos hechos en el curso de la obra.

Cervantes y el *Quijote* es digno parto del distinguido autor que le publica. En él, el Sr. Tubino no abandona un solo momento la critica filosófica que tanto echa de menos en sitios y lugares necesarios. Erudito se muestra siempre que lo necesita, y apesar de las numerosas citas que en determinados capitulos hace, puedo asegurar sin temor de equivocarme, que nunca aparece pesado y mucho menos difuso, tal es el método, claridad y ocasion con que están expuestas.

Por otra parte el que pudiera designar como defecto, es indudablemente el título de mas valia del libro. La mayor parte de las cuestiones que en él suscita, principalmente en los capitulos I, III, IV y V, son de una importancia por todos reconocida; motivo dan todos ellos, mas que suficiente, para un libro de mayor tamaño que el que forman todos los capitulos juntos. Sobre alguno de ellos se ha escrito, sirva de prueba *La Sepultura de Miguel de Cervantes* del marqués de Molins.

¿No era, en verdad, un obstáculo grandísimo para el Sr. Tubino, el tratar puntos sobre los que mucho se habia dicho? ¿No estaba expuesto á ser plagario, sin quizás saberlo? Todas estas observaciones justísimas, no sirven sino para ensalzar mas y mas el libro que tal novedad presenta en los asuntos, y que de tal manera destruye lo que otros cervantistas sentaran con pruebas suficientes.

Añadir una palabra, seria quitar el placer de saborear sus innumerables bellezas, pero se me ocurre terminar con una pregunta.

Si el Sr. D. Francisco M. Tubino reconoce la necesidad de un comentario filosófico, que todavia no se ha escrito, ¿no seria un delito de lesa-literatura, de cuya comision debiéramos pedirle estrechas cuentas todos los amantes del *Quijote*, que él, investigador incansable, crítico filosófico y erudito, como nos lo ha probado en su *Murillo*, *Pablo de Céspedes*, *el arte y los artistas contemporáneos*; entusiasta como el que mas, no diera cima á una obra que indudablemente seria el complemento de su bien adquirida reputacion cientifica y el floron mas preciado de su ya tan nutrida corona literaria?

Reciba mi cordialísimo amigo mi cariñosa enhorabuena, á que se ha hecho acreedor por su última obra, y no eche en olvido la pregunta con que termino el párrafo anterior.

FERMIN HERRÁN.

DISCURSO

pronunciado por el Licenciado en Medicina y Cirugía D. Julio Magraner y Marinas, en la Universidad Literaria de Valencia, en el acto de recibir la investidura del grado de Doctor en dicha Facultad.

(Continuacion.)

Recurrir á los medios específicos, cuya accion plenamente confirmada por la experiencia es el áncora de salvacion del práctico en casos apuradísimos, siempre se hace con vergüenza por los organicistas, tan solamente porque la naturaleza burlando sus experimentos, no les ha demostrado todavía su modo de obrar.

Es indudable que recurriendo á ejemplos gráficos, se obtiene una economía de tiempo á la par que logramos fijar más las imágenes que pretendemos hacer concebir teóricamente, y si tratara de aducirlas como muestra de las exageraciones organicistas en terapéutica, no tendria mas que presentar á Brown y Broussais y asociar á ellas alguna de las elucubraciones modernas, cuya historia y consecuencias son sin disputa bien conocidas de cuantos tienen la deferencia de escucharme.

Este es, pues, Excmo. Sr., el organicismo reducido á su más mínima espresion, segun he llegado á comprenderlo inspirado en sus más acreditados expositores. Ahora bien, ¿está la verdad en sus apreciaciones y la ciencia en sus exclusivas doctrinas? Me atrevo á anticipar mi negacion y despues intentaré demostrarlo, porque no puedo ménos en este instante que dedicar algunas reflexiones al vitalismo su antagonista, que lleno de ardimiento viene á reconquistar sus derechos usurpados en el campo de la filosofía.

Veamos en qué consisten sus doctrinas.

Habia trascurrido la nebulosa edad media y casi todavía en la aurora de los dias de la nueva historia, levantada la pesada losa que cubria el viejo sepulcro guardador de los antiguos conocimientos, surgieron estos poderosamente vivificados por la mágica virtud de la invocacion ferviente que les dirigieron las modernas inteligencias.

Restaurados los retratos de Pitágoras, Xenófanes y Platon y resucitadas las doctrinas de las escuelas *itilica*, *clédica* y *platónica* por el cardenal de Cusa, Marsilio de Ficin, y otros favorecidos por la

decidida influencia de la casa de Médicis, no tardó en recobrar su derecho la *razon* inspirándose en la idea del *infinito*, dando origen al sistema *idealista*, en completa contraposicion con el *sensualista*.

Y al hacerse su aplicacion á las demás ciencias, surgen Van-Helmont y Sthal, que tratan de reducirlo á la Medicina y comprenden que en el hombre, además del organismo, hay un principio independiente que es la causa inmediata de sus fenómenos y funciones.

De aquí parte el *vitalismo*; pero no consiste absolutamente este sistema en admitir la vida, que es un hecho sancionado aun por los mas degradados materialistas, sino en reconocerla no solamente en el orden lógico, sino tambien en el real, como á esencial y primitiva, como á cosa en sí creadora é independiente; en una palabra, el vitalismo supone en primer término al dinamismo vital, para colocar en sitio secundario á los órganos como á instrumentos ó agregado material subordinados al primero.

Reusando conceder á la materia las propiedades que le concede el organicismo, concibe una fuerza que actúa sobre ella, causa exclusiva de sus manifestaciones, á la que ontologiza suponiéndola existencia propia, superior y anterior á la de sus efectos; y á cuyo ente metafísico ha dado varias denominaciones, aunque sus partidarios convienen mas generalmente en llamarle fuerza ó principio vital.

«Al lado del principio de la vida moral del hombre, dice Bouchut, hay un principio de la vida física, cuya existencia pretendo establecer, dando á conocer sus atributos y demostrando las leyes á que obedece. Este principio rige completamente la vida, y de su naturaleza depende la organizacion humana con sus variables cualidades, diatesis particulares y órganos, que á su vez reaccionan sobre el principio de su origen y son los instrumentos materiales de la vida. Soy, dice en otra parte, de los que creen que la vida es una causa mas bien que un efecto y que resulta de la accion de un principio asociado á la organizacion. Esta fuerza susceptible de análisis, se halla incorporada á los gérmenes y da á la materia viva los atributos especiales de la *impresibilidad*, *autocinesia* y *promorfismo*, anteriores á toda organizacion é independientes de la estructura de los órganos.»

Prolijo por demás me haria, Excmo. Sr., é indudablemente molestaría vuestra atencion mucho mas de lo que sin querer estoy haciendo, si tratara de aducir y multiplicar textos para probar la admision del principio vital, cual entidad ontológica absoluta, como punto de partida del vitalismo, aunque muy esplicitos los encontraría en las obras de Fizes, Bordeau, Lordat, Barthéz y otros de sus mas genuinos y francos expositores; pero ¡cosa extraña! por mas que

admiten todos la existencia de ese principio y por mas que parodiando la célebre frase del Cardenal de Bonald, digan «que la vida es una fuerza servida por instrumentos,» cuando tratan de averiguar su esencia, lo cual parece debiera ser uno de sus principales objetos, ó se dividen las opiniones sin producir resultado, ó se limitan á decir como Barthez «que un velo sagrado cubre á la vez su naturaleza y su fin.»

El vitalismo, pues, se ha encarnado en el idealismo, y si bien por la nobleza de sus aspiraciones ha levantado al hombre sobre la materia; sin embargo, tan completamente ha prescindido de esta alguno de sus partidarios en sus expeculaciones, que bien pudiera colocarse en las circunstancias del atrevido aereonauta que desde su barquilla envuelta por las nubes, pretende observar con todos sus detalles el panorama que se extiende á larguísima distancia de sus pies. La aplicacion exclusiva de sus doctrinas al campo de la Medicina, correria de seguro parejas con la aplicacion social de la filosofia exagerada de Parmenides, Fichte, Hegel y Spinoza.

Admitido en el vitalismo este principio-*causa*, se supone que obra como una individualidad en la esfera sujeta á su accion, segun ciertos atributos, verdaderos intermedios entre la sustancia á que pertenecen y la variedad de fenómenos secundarios que presiden y explican. De ahí, que la fisiologia vitalista aspira á formular y comprender en leyes generales los hechos propios de los seres vivos, dando por resuelto con admirable sencillez que un solo principio de existencia necesaria, donde hay vida, lo explica todo, debiendo por lo tanto referir á él en el orden natural todos los fenómenos que le suponen. Por eso dicen sus partidarios, que las acciones orgánicas son la manifestacion de las fuerzas actuales del principio vital y que éste posee una facultad motora, otra sensitiva, otra plástica, otra calorifica, etc., no siendo el pulmon, estómago, etc., el que respira y digiere como suponen los organicistas, sino que el principio vital desempeña estas funciones en virtud de la accion de sus facultades generales.

Consecuente el vitalismo al establecer la patología, siempre coloca tambien en primer lugar á la vida para considerar en el segundo á los órganos: lo primero es el *dinamismo*, despues las condiciones anatómicas. Las enfermedades ó se verifican como una *reaccion* del principio vital contra una causa exterior que le ofende, ó de una manera *afectiva* como consecuencia de un influjo que lentamente le ha modificado, ó finalmente como manifestaciones fatales cuyo gérmen está en un modo de ser particular de dicho principio, que adquirió por herencia ó disposicion congénita inexplicable, lo que constituye

las *diatesis*. Las alteraciones que por influencias mecánicas pueden presentar los órganos, son consideradas como *vicios* y nunca como enfermedades.

Todo el empeño del vitalismo ha consistido tambien en querer sostener la unidad, pero como le ha sido difícil en patología sin admitir intermedios que sirvieran de lazo de union entre aquella y la diversidad, creó los elementos morbosos, sin reparar que podrian convertirse en otras tantas entidades independientes, que multiplicándose indefinidamente darian lugar con facilidad al *especificismo* mas inadmisibile.

Con estas suposiciones la terapéutica es inmediata. Concedido ese autocratismo al principio vital, debe considerársele como agente de vida y de orden, siendo una contradiccion palmaria suponerle causa de desórden y de muerte. Si todo lo vital es referido á un principio único, metafísico é inaccesible por lo tanto á las influencias del mundo material, lógicamente debe esperarse tambien de él la salud, puesto que no puede prestarse á cambio que no sea espontáneo y exento de toda exterioridad. Toda su terapéutica, pues, debe referirse á disponer de las condiciones orgánicas y materiales en términos que no se opongan, sino que por el contrario favorezcan las manifestaciones del principio vital; en una palabra, á la *espectacion* en completa discordia con el organicismo.

El bello ideal del vitalismo ontológico en terapéutica, seria la expectacion absoluta como el del organicismo la energia ilimitada: el uno consagra su moderado esfuerzo para observar, el otro se agita desmesuradamente para influir.

No nos faltarian, Excmo. Sr., ejemplos que exponer en prueba de la desastrosa influencia que en la realizacion del fin de la Medicina ha egercido la aplicacion sistemática de las doctrinas vitalistas, mas ó menos disfrazadas con las especiosas galas de modernas teorías, esparcidas como únicas salvadoras de la doliente humanidad; pero despues de reflexionar detenidamente las ideas que de este sistema acabo tan á la ligera de bosquejaros, me ocurre la misma pregunta que poco hace me dirigia al terminar el organicismo; ¿estará aquí la verdad? ¿habrá resuelto positivamente la ciencia el vitalismo? Creo tambien que no, y uniendo esta negacion á la que anticipé no há mucho, y tratando ahora de cumplir lo que entonces os he ofrecido, procuraré demostraros en qué fundó mis apreciaciones.

Es una cosa perfectamente admitida en buena lógica, que en todo conocimiento hay un *juicio* que envuelve dos *ideas*, las cuales

pueden enunciarse en una *proposicion*. Si los juicios se practican sobre *verdades necesarias*, resulta de la comparacion su completa *identidad*, originándose la *certeza metafísica* ó sea la *evidencia*, que puede establecerse *á priori*; pero si las verdades que se comparan son *continentes*, es necesario consultar á la observacion y á la experiencia para inducir la afirmacion ó negacion, que dará por consecuencia la *certeza física*, la cual nunca puede conseguirse sino *á posteriori*. Con las primeras verdades se constituye la *Metafísica general*, con las segundas la *ciencia empirico-racional*.

Seria ocioso de todo punto querer demostrar que la Medicina pertenece á esta última categoria, y admitido perfectamente así por todos los que se dedican á su cultivo, podemos desde luego asegurar, que todo sistema que pretenda explicarla y parta de un principio absoluto concebido y supuesto *á priori*, que todo sistema que no haya sido constituido por induccion á partir de la diversidad de verdades *subjetivas* para elevarse en busca de la *verdad principio*, es absolutamente falso y no posee la fórmula científica verdadera; encontrándose completamente envueltos por este anatema, tanto el organicismo como el vitalismo.

No puede en mi concepto constituirse una ciencia cual la Medicina, dando por supuesto un principio absoluto, como á punto de apoyo para resolver todas las cuestiones; como á criterio único para conocer la verdad, porque es imposible que la naturaleza acomode sus fenómenos á la pauta que le trazara en su mente la imaginacion fogosa de un atrevido soñador.

Y esto exactamente es lo que sucede en los sistemas que analizamos: fuera de duda está, que al paso que ámbos se reprochan este defecto de origen, los dos incurren en él de la manera mas evidente; y si el organicismo da como conocida la materia y dice que la vida es una de sus manifestaciones, el vitalismo supone la existencia de un principio vital como entidad metafísica á cuya accion está sometida la materia.

Multiplicadas pruebas y variados argumentos acumulan ante el tribunal de la crítica los obstinados contendientes de ambos partidos, reclamando de su imparcialidad la condenacion del contrario y la sentencia á su favor; pero no podemos entretenernos en el examen de los numerosos incidentes que presenta el proceso, por cuya razon nos haremos simplemente cargo de los que ofrezcan mayor importancia.

Ni todo es materia, ni todo es vida; en estas dos apreciaciones inversas hay mucho de absoluto y precisamente es lo que ménos quieren tener. ¿Cómo ha de resolver el organicismo toda la ciencia

en Medicina, si ignora la esencia de lo mismo que trata y sobre que se apoya? Si no sabe qué es la gravedad, atraccion, catálisis, isomería, etc.; si no explica mas que por hipótesis el calor, la luz y la electricidad; si ignora por qué muchas veces no se efectúa la cristalización, ni se realizan las combinaciones; si propone finalmente diez ó doce teorías diferentes para explicar el hecho capital de la fermentación, ¿cómo y por qué ha de asegurar que la vida, que las manifestaciones de ese estado particular, propio de los seres vivos no son mas que combinaciones, estados isoméricos, fermentaciones, etc., de la materia? Si desconoce, pues, la esencia de ésta y el por qué de muchas de sus leyes, que ha consagrado como á tales en virtud de la fatalidad con que suceden, si solamente conoce las propiedades de los cuerpos, ¿por qué no ha de reconocer las de la vida tanto mas visibles cuanto con menos pasión tratan de estudiarse? Cuando en sus laboriosas investigaciones somete la materia orgánica á la tortura de sus experimentos y no brota de sus manipulaciones el resultado que el cálculo le hiciera concebir, en vez de culpar su falta de poder ó la insuficiencia de los medios puestos en acción, ¿por qué no dobla la cabeza y toma en consideración un precioso dato que le falta y que nunca en los ensayos puede aprisionar en sus retortas, ni obtener en sus destilaciones, ni evidenciar con sus reactivos?

Hé aquí las consecuencias del exclusivismo, y en virtud de él, este sistema ha oscurecido su campo de visión, colocando ante sus pupilas un cristal de color tan bajo, que casi le sume en las tinieblas á través de las cuales busca una realidad fantástica, para que, ungida con el óleo santo de la ciencia, sea presentada á la general adoración como redentora de la humanidad afligida por el tormento de las enfermedades.

Esto no puede ser; y á pesar de las tentativas avasalladoras de la química, la *biología* forma todavía una ciencia propia resistiendo al embate de aquella, de la misma manera que el materialismo y positivismo en esta época, no han podido todavía arrancar del corazón humano sus aspiraciones legítimas á la inmortalidad.

No puedo ménos en estos momentos de recordar las espontáneas palabras de un autor contemporáneo. «Por muy elevado, dice, que sea el criterio químico en las cuestiones biológicas... no llega ni llegará en sus exigentes aspiraciones á arrancar á esta ciencia de su terreno propio, á borrarla del cuadro de las mismas, para reducirla á un capítulo mas ó menos extenso de la química;» y añade el Dr. Nieto Serrano, eminente filósofo español cuya autoridad es respetable en este sentido: «El químico se detiene en el dintel de su laboratorio, el físico suspende su juicio, cuando tratan de traspor-

»tar al terreno de la vida las leyes obtenidas en la esfera inorgánica; »y si para amplificar sus conocimientos se deciden á ensayar la »materia viva como si estuviera muerta, cometen un error de cálculo »olvidando una partida importantísima. Matan efectivamente en sus »experimentos al sér vivo, como ya le habian matado idealmente al »dejar de tener en cuenta su historia pendiente, su energía, su auto- »nomía, su finalidad, y por consecuencia todas sus fórmulas y teorías »vuelven á caer por su propio peso en el fondo del laboratorio de don- »de fueron lanzadas.»

En el reino orgánico hay algo mas que materia; hay algo que no puede explicarse por las propiedades de aquella. Yo he visto con entusiasmo á los micógrafos modernos, descomponer el cuerpo en órganos, los órganos en tejidos, los tejidos en elementos y estos en células; yo he admirado el atrevimiento de Virchow al establecer como principio universal que *el cuerpo es un agregado de células* y que todo proviene de *una célula*; porque creia que analizada ésta, descompuesta y estudiadas sus alteraciones, estaba todo ya hecho en Medicina; pero desgraciadamente la práctica no lo ha confirmado así, y es, porque en ese diminuto elemento del organicismo, hay algo mas que la combinacion del oxígeno, azoe, hidrógeno y carbono realizado en virtud de tal estado eléctrico ó de un grado de calor determinado; algo que ha impedido al químico convertirse en Dios, multiplicando á su antojo las generaciones y las especies de séres organizados.

(Se concluirá.)

LAS AGUAS DEL GLOBO.

(Continuacion.)

En las regiones polares son muy raras las violentas tempestades eléctricas de nuestros climas; allí por el contrario, la recomposicion del fluido eléctrico se verifica pacífica y dulcemente, produciendo á lo mas corrientes eléctricas que circulan en el suelo hasta una distancia bastante grande, para que los movimientos de la aguja imantada, indiquen en el observatorio de Paris, por ejemplo, una aurora, ó recomposicion, que se afecta en Spitzberg. Y esta diferencia procede de que la evaporacion considerable que se afecta en la superficie de los mares ecuatoriales, carga de electricidad positiva las nubes que, impelidas hácia los polos por las corrientes superiores, llenan la atmósfera polar con una grande acumulacion de esta electricidad, cuya acumulacion determina en aquel suelo una condensacion contraria de electricidad negativa. Estas tensiones opuestas de la atmósfera y del suelo, producen el fenómeno de reconstitucion silenciosa y visible del fluido natural, que se revela por su dulce esplendor y magnífica brillantez.

Las auroras polares, aun cuando se producen á una altura inmensa sobre el suelo, y no parece que ejerzan grande influencia ni sobre la humedad, ni sobre la presion del aire, ni sobre las corrientes atmosféricas, la tienen sobre el organismo animal; así es que las organizaciones mas delicadas experimentan una desazon parecida á la que sienten durante las perturbaciones eléctricas de las grandes tempestades. ¡Qué mundo tan extraño es el mundo polar! En él, desde mediados de Enero, ven tan solo, al medio día, un crepúsculo durante una hora, que anunciando la vuelta del sol, va agrandándose y subiéndolo un poco mas hácia el cénit todos los dias, hasta el 16 de Febrero, en que ya, por un solo instante, asoma en el horizonte un punto del disco solar, que se oculta inmediatamente. A cada medio día siguiente, el segmento va aumentando, hasta que todo el orbe del sol aparece sobre el mar, y tal es el fin de la larga noche de invierno. Entonces los dias y las noches se suceden hasta 21 de Abril en que empieza el día de cuatro meses, durante los cuales el sol gira constantemente sobre el horizonte, aunque descendiendo gradualmente hasta desaparecer. Cuando el sol ya se oculta, se hacen visibles las auroras, y los habitantes de aquellos tristísimos paises, saludan con júbilo la aparicion de su imponente y magnífica claridad.

LA LUZ ZODIACAL.

La luz zodiacal es ese resplandor nocturno que ilumina vagamente la atmósfera, y que se percibe bien durante algunas noches transparentes. Esta luz meteórica proviene del espacio, y se revela despues del ocaso del sol en nuestras latitudes, durante los meses de Febrero, Marzo y Abril; y antes del Orto de aquel astro en el mes de Noviembre. Entonces se presenta en la bóveda celeste una banda en posicion inclinada al horizonte, echada sobre el zodíaco, es decir, sobre el camino aparente del sol, determinado por el desplazamiento anual de la tierra.

Cuando la luz zodiacal se manifiesta despues de puesto el sol, se mezcla cerca del horizonte con la última claridad crepuscular, y la reunion de estas dos luces, tiene la forma parecida á la de un cono de lados convexos. Este cono se presenta en nuestros climas inclinado, con su base en el horizonte, y á cierta altura su punto de culminacion.

En la zona intertropical, esta luz pierde rápidamente su aspecto cónico á medida que desaparece la del crepúsculo vespertino, y tomando la forma de una faja luminosa, se extiende por todo el zodíaco. Algunas veces esa faja de luz blanca permanece visible toda la noche. Cuando esto se verifica, la parte de esta faja, mas próxima al sol, tiene mayor brillo que las otras. Durante los meses de Enero y Febrero, en el trópico de Cáncer, la faja de luz zodiacal se presenta en posicion perpendicular al horizonte, y entonces, al cerrar la noche, se ve una hermosa columna vertical de luz blanca, cuya region central alcanza y aun supera en intensidad las partes mas brillantes de la via láctea.

La luz zodiacal no es visible en Europa durante el verano, á causa de la posicion que toma la parte visible del zodíaco que está fuertemente inclinada sobre el horizonte del Sur y de la duracion de los crepúsculos. En el mes de Febrero, concurren las mejores condiciones para poderse ver aquel fenómeno con toda claridad. En la zona tórrida dicha luz es visible todo el año, porque los crepúsculos son allí de corta duracion, y está siempre elevada la posicion de la eclíptica.

Se distinguen periodos de máxima belleza de este fenómeno celeste, los cuales se verifican cuando á causa de la posicion del sol, la del zodíaco está mas cerca del cénit.

Esta luz zodiacal se ha observado hasta mas de 100° de distancia

al sol, y Cassini y Mairan, que han hecho estas observaciones, han indicado, que este hermoso fenómeno se extiende mas allá de la órbita terrestre.

Humboldt y Brorsen han señalado tambien una banda luminosa que une el fenómeno del Oriente con el del Occidente.

Los astrónomos del último siglo creyeron que esta nebulosa que rodea el sol, era la atmósfera de este astro que se extendia hasta una distancia inmensa en el sentido de su ecuador; pero Laplace ha demostrado matemáticamente, que esta hipótesis no es admisible, en razon á que la atmósfera solar no puede extenderse mas allá del límite en el cual la fuerza centrífuga desarrollada por la rotacion, equilibra la atraccion del sol.

Segun los cálculos de los astrónomos, relativos á las leyes del movimiento de los cuerpos celestes, aquel límite debe de hallarse á una distancia del sol equivalente á 36 veces su semidiámetro, por lo que es matemáticamente imposible, que la atmósfera solar se extienda mas allá de aquella distancia, que no llega á la mitad de la que media entre aquel astro y Mercurio, ó sea á la 6.^a parte de la en que gravita la Tierra, pues que esta se mueve en un espacio alejado 214 veces el semidiámetro del astro gigantesco que nos alumbraba, deduciéndose de esta consideracion, que la luz zodiacal que se prolonga mas allá de la órbita terrestre, no es la atmósfera del sol.

Por otra teoría mas aceptable y admitida, se explica el fenómeno celeste de la luz zodiacal. Atribúyese con gran fundamento á la iluminacion solar de los corpúsculos de materia cósmica, que sin connexion entre sí, circulan, segun las leyes de la gravitacion universal, en nuestro espacio planetario.

Segun esta fundada teoría, el sistema planetario se compone, no solo de los grandes cuerpos celestes que tenemos la costumbre de considerar, si que además, de una multitud incomensurable de pequeños cuerpos que giran alrededor del sol, segun la elipse de Klepero en la region del zodiaco, como los cuerpos principales, y cuya iluminacion solar presenta en su conjunto la imágen visible de la inmensa nebulosidad á que se da el expresado nombre de luz zodiacal.

E. Léais, conforme con la opinion de Mayer y de otros fisicos célebres, dice, que esta luz tiene para nosotros tan grande importancia, como que ella revela y es la causa del calor y de la luz del sol. Suponen que aquellos corpúsculos caen incesante y sucesivamente á la superficie de este astro, por consecuencia de la accion de los planetas que los separa de sus órbitas. En tal caso, disminuyendo hasta extinguirse la velocidad de los pequeños cuerpos, estos se trasforman en calor, como sucede siempre con los rozamientos que destruyen las velocidades. Calentada la atmósfera solar por la caída

de los corpúsculos, alcanza una temperatura bastante elevada para hacerla luminosa, sobre todo en la region central, en la cual se opera la mayor distribucion de movimiento; porque las capas superiores se calientan en menor grado á causa de su poca densidad, al paso que las capas inferiores no reciben sino corpúsculos extremadamente diminutos, y reducidos á vapor, que poseen una velocidad casi nula por venirse extinguiendo desde la region central.

La teoría de Mayer explica fácilmente la causa de ser el sol mas ardiente en el ecuador que en sus polos, y la periodicidad de las manchas del sol. En efecto, la luz zodiacal forma al derredor del sol un esferoide aplanado, cuya mayor dimension coincide próximamente con el plano del ecuador solar; y los corpúsculos de la luz zodiacal, obedeciendo á las leyes de la gravitacion, no pueden llegar á aquel astro, sino por efecto de sus perturbaciones planetarias. Deben por tanto ocurrir periodos dependientes de las revoluciones de todos los planetas, y principalmente de Júpiter que es el mas poderoso de todos. Esta variacion periódica de la caída de los corpúsculos, dá lugar á otra sobre la cantidad de calor producida, y por consiguiente á una periodicidad tambien en las manchas, que la observacion demuestra ser de once años.

Tiénese por otra parte, «que los corpúsculos, al penetrar en la atmósfera solar han de desarrollar electricidad por efecto de su rozamiento con las partículas sólidas ó líquidas de la fotosféra:» lo que explica la curiosa relacion observada entre el período de las manchas del sol y el de las variaciones diurnas de la brújula en la superficie de la tierra, variaciones que provienen del magnetismo solar.

Es posible, dice M. Flammarion, que los aerolitos, en número incomensurable, distribuidos en toda la extension del sistema planetario, y principalmente en el plano general del movimiento, es decir, en el plano del zodiaco, que los bólidos y estrellas fugaces, corpúsculos sólidos aquí, líquidos allá, gaseosos acullá, formen una especie general de cuerpos celestes fragmentarios, que la zona en la cual gravitan, se nos manifieste por la reflexion vaga de la luz solar y constituya la luz zodiacal; y que cayendo sobre el astro radiante, estos corpúsculos sean el origen de las manchas, y sirvan para entreteener el calor de aquel inmenso foco, descendido sin duda por una fuerza química incesantemente renovada tambien: *la disociacion*.

Si este torbellino de corpúsculos no circula al derredor mismo del sol, lo que no está probado todavía, circula en el de la tierra, y puede ser que de lejos haga el mismo efecto que para nosotros presenta el anillo de Saturno.

ESTRELLAS FUGACES.

Llábase *estrella fugaz* al fenómeno luminoso é instantáneo que con frecuencia escita nuestra atencion en medio de la profunda calma de una noche clara y trasparente, apareciendo como un astro que se desprende del firmamento y que cae con suma rapidéz hácia la tierra, dejando en pos de sí una estela luminosa que se desvanece á los pocos instantes, sin el mas pequeño rumor.

Estas estrellas son los cuerpos cósmicos muy diminutos de que hemos dado una idea al tratar de la luz zodiacal, imperceptibles por su pequeñez; pero que pasan á serlo cuando entran en la atmósfera terrestre, porque entonces toman la forma gaseosa á causa de su rozamiento con el aire.

Existen grandes corrientes ó enjambres de estos corpúsculos, cuyas órbitas pasan á la proximidad de la que sigue la Tierra. Por esta circunstancia en los encuentros son atraídos por este astro aquellos cuerpos diminutos, que son los que dan lugar á la aparicion de las estrellas fugaces, que en lo general se extinguen antes de llegar á veinte leguas de distancia del planeta.

Segun las investigaciones de los alemanes Brande y Bencenberg que en 1798 operaron ya, observando desde distinta posicion la proyeccion de las estrellas fugaces sobre las constelaciones; segun las investigaciones de Alejandro Herschel, las de Newton, profesor de Newhaven, y las del Padre Secchi, director del Observatorio de Roma, las estrellas fugaces empiezan á ser visibles á la altura media de 120 kilómetros (30 leguas) sobre la tierra al principio de su aparicion, llegando hasta los 80 kilómetros (20 leguas) donde se extinguen, recorriendo este trayecto con una velocidad aparente que varia entre 12 y 71 kilómetros por segundo, segun en la direccion que los perciba el observador.

Las estrellas fugaces penetran en gran número diariamente en la atmósfera terrestre, y se ha observado variaciones anuales, mensuales y hasta diarias, pues que suelen verse en número casi doble en la madrugada que en las primeras horas de la noche. La variacion anual se manifiesta por el máximo que se verifica en el Otoño y el minimum en la Primavera del hemisferio boreal.

Tambien se nota, que aun cuando se ven caer estrellas fugaces por todos los puntos del firmamento, se verifica en mayor número por el Oriente que por el Occidente y casi igual al Norte que al Sur,

cuya circunstancia la explica M. Delaunay, director del Observatorio de Paris, por la variacion del punto de mira, ocasionada por el movimiento de rotacion de la tierra, que hace que aquel punto no se presente idéntico por todos lados del horizonte, lo cual ocasiona una variacion azimutal en la frecuencia de aparicion de las estrellas fugaces favorable al Oriente, que es la direccion del movimiento de traslacion de nuestro planeta. La experiencia demuestra que es exacta esta observacion.

Hé aquí algunos datos estadísticos que demuestran claramente la marcha de estos metéoros: Hallándose Humbolt y Monpland en Cumaná (América), vieron, en la noche del 11 al 12 Noviembre de 1799, una verdadera lluvia de estrellas fugaces, y Monpland asegura «que no había en el cielo ni un solo espacio igual en extension á tres diámetros de la luna, sin que se llenase de estrellas fugaces á cada instante. Los habitantes del pais estaban asombrados ante aquel fenómeno, y los mas ancianos solo recordaban otro análogo acaecido en 1766 (33 años antes) al tiempo en que un terremoto conmovia aquel suelo.»

En la noche del 12 al 13 de Noviembre de 1833 se repitió otra lluvia de estrellas fugaces, que fue observada tambien en América; y el profesor Olmsted, de Newhaven, fue el primero que hizo notar que esa grande aparicion de Noviembre habia de ser periódica, y que por lo tanto se reproduciria todos los años en la misma época. Observada la marcha del fenómeno, se vió que en efecto, todos los años hácia el 12 ó 13 de Noviembre se verificaba un aumento muy marcado en el número de estrellas fugaces que se manifiestan en el firmamento, el cual, sin embargo, estaba muy lejos de reproducir el fenómeno extraordinario visto en América en el año 1833.

El astrónomo Olbers en 1837 escribia, á propósito de este fenómeno: «Puede que tengamos que aguardar hasta 1867 para verse renovar el fenómeno magnífico que se ofreció en 1799 y en 1833.» Esta atrevida prediccion se vió realizada en el año de 1866; es decir, un año antes de la época fijada por Olbers.

Hé aquí el resultado general del conjunto de observaciones que se han hecho sobre el número de estrellas fugaces que aparecen en toda la extension visible del cielo, en el período de tiempo trascurrido desde el año 1834 hasta el 1866:

Por término medio, durante una hora aparecen de 10 á 11	
En 1834, noche del 12 al 13 Noviembre, este	
número era de	50
El cual fue bajando progresivamente de año	
en año, hasta que en 1839 era de	30
En 1844, de	20
En 1849, de	17
En 1853 entró ya en las condiciones ordinarias,	
y era de	10 á 11
Hasta 1863 en que se presentó de nuevo un	
máximum de	37
En 1864 se elevó el número hasta	74

Siendo el precursor de la grande aparición del año 1866 anunciada por Olbers.

Otra série de experimentos hecha por M. Quételet arrojan los datos siguientes:

En 1837 el número horario máximo de estrellas	
fugaces, era de	59
El cual fue elevándose progresivamente hasta	
que en el año 1841 era ya de	72
En 1845, de	85
Y en 1848, se elevó á	110
Cuyo máximum fue descendiendo progresiva-	
mente hasta que en 1859 era de solos	38
Después de esta época se han experimentado al-	
ternativas de aumento y de disminucion, va-	
riando el número horario entre	37 y 67

Para darse cuenta de la naturaleza de los enjambres de estrellas fugaces, débese considerar, que estos pequeños cuerpos de materia cósmica no llegan á la tierra indistintamente de todas las regiones del espacio, sino que vienen de determinadas direcciones, señaladas por los flujos periódicos que hemos indicado. En efecto: los del 12 al 13 de Noviembre parten de la constelacion del *Leon*, mientras que los del 9 al 10 de Agosto emanan de la constelacion de *Perseo*.

Además, se ha observado que la velocidad real, efectiva de las estrellas fugaces, es en todas sensiblemente uniforme, y la misma de los cometas que vienen de las profundidades del espacio, á cuyas órbitas han podido ser asimiladas las de dichas estrellas, pues que M. Schiaparelli, director del Observatorio de Milán, determinó la

forma y posicion de la parábola seguida por la corriente meteórica del 10 de Agosto, y al comparar estos elementos astronómicos con las órbitas de diversos cometas, obtuvo una inesperada aproximacion entre la órbita de aquel enjambre de estrellas y las del gran cometa observado en 1862. Calculó enseguida los elementos de la órbita del enjambre de estrellas del 12 al 13 de Noviembre, y esta operacion le suministró un dato mas: el periodo de la vuelta de las grandes apariciones de aquel mes, indicadas por Olbers desde el año de 1837, que fue confirmada en 1866, y pudo ser fijado aquel período en 33 años y una fraccion. Trazando una elipse cuyo eje mayor correspondiese á esta duracion al derredor del Sol, halló tambien que el período de la revolucion de aquel enjambre de estrellas era de 33 años y $\frac{1}{4}$; esto es, la misma que la del cometa de Tempel.

Un enjambre de estrellas fugaces observado en 10 de Diciembre, describe en el espacio la misma elipse que el famoso cometa de Biela, y otro observado en 20 de Abril se mueve en la órbita del primer cometa de 1861.

«Estos resultados, dice M. Flammarion, han arrojado mucha luz en la cuestion de estrellas fugaces. El cometa que en su curso por el espacio, sigue el mismo camino que un enjambre de estrellas fugaces, debe de ser considerado como formando parte integrante de este enjambre, y es una concentracion local de la materia que lo compone; concentracion bastante inmensa para que pueda ser visible á grandes distancias de la tierra. Por esta teoria, las estrellas fugaces son de la misma naturaleza que los cometas, y consisten en pequeños cuerpos nebulosos que se mueven en el espacio sin que podamos divisarlos por su pequeñez, y que no son visibles *hasta que penetran en la atmósfera* de la tierra, lo mismo que los cometas que aparecen en estado gaseoso.

«Una corriente de estos metéoros que halla á su paso la órbita de la tierra en un punto de su contorno, y cuyas diversas partes emplean muchos años en pasar por aquel punto de encuentro, aquella corriente ha de ser necesariamente atravesada por la tierra cada año en una misma época: de donde se siguen los flujos periódicos de estrellas fugaces que se reproducen de año en año con identidad variable, segun la mayor ó menor aproximacion de los enjambres de materia nebulosa en las diversas porciones de la corriente que la tierra halla sucesivamente á su paso.»

(Se continuará.)

RAFAEL SOCIATS.

ALBUM POETICO.

EL SECRETO DEL AMOR.

(Página de un libro inédito.)

D. Pedro.—Speak low, if you speak love.

Shakspeare.

Si hablar quieres de amor, el labio no abras:
Como la playa el beso de las olas,
Comprendo ese lenguaje sin palabras
Que hablas conmigo á solas.

Las emociones que en tu tersa frente,
Leyendo en ellas mi feliz fortuna,
Miro pasar, cual nube trasparente
Sobre dormida luna;

El pliegue de tu boca que indecisa,
Alas prestando á mi amoroso exceso,
A los ojos promete la sonrisa
Y á la esperanza el beso;

La blanda luz que tiembla en tus pupilas,
De altivos rayos de desdén desnudas,
Si en mis ojos mirándose intranquilas
Me dicen: «¿por qué dudas?»

De tus brazos el lánguido abandono
Que amor revela; el desigual latido
De tu albo pecho, de las gracias trono,
De los deleites nido;

Tu mano, que cual ala de paloma
Cautiva en ténue red, tiembla en mi mano:
¡Ese, oh tímida niña, es el idioma
Del amoroso arcano!

En la sombría hondura de los valles
Do de la selva la arboleda inculta
Mas entrelaza sus torcidas calles,
La fuente mana oculta.

Bajo el dosél de las frondosas ramas,
Donde del sol el rayo enardecido
Templa en las hojas sus sedientas llamas,
Late en la sombra el nido.

Y del secreto en la propicia sombra,
Envueltos en los velos protectores
Que el ángel tiende y que rubor los nombra,
Alientan los amores!

¡Ay! la felicidad, hija del cielo,
Es para el mundo demasiado pura:
Para encubrir su encanto Dios un velo
Le dió á cada hermosura.

Embózase la aurora en rojas nubes,
La flor se encierra en su plegado broche,
En mar de luz se esconden los querubas,
Los astros en la noche.

Y el misterio es el velo á los hechizos
Del Amor, que en la sombra el paso mueve;
Cual casto velo son tus sueltos rizos
A tus hombros de nieve.

Es que la dicha, las lejanas voces
De otra patria al oír, do ya no mora,
Extrangera en el mundo se conoce
Y su destierro llora.

Y por eso el secreto á los placeres
Es dulce, y al rubor la luz ultraja:
¡Dime, adorada mía, que me quieres!
Mas ¡dímelo en voz baja!

TEODORO LLORENTE.

MAS ALLÁ.

Yo le pregunto al pájaro ligero:

—¿Dónde mi dicha está?

Y contesta el alado mensajero:

—Surcando mares vá.

Pregunto al mar y me responde altivo:

—Tu dicha no está aquí;

Soy un gigante que entre horrores vivo,

Tu dicha al cielo levantarse vi.

Dice la nube:—Nunca tu ventura

Mi manto cobijó;

Léjos, muy léjos, á remota altura

El viento la llevó.

Y añade el viento:—Con tu dicha un día

Es cierto que jugué;

Pero en la estrella con que acaba el día

Cansado la dejé.

Gritó entonces el Héspero luciente:

—¿Dónde mi dicha está?

Y me contesta el astro dulcemente:

—¡Mas allá! ¡mas allá!

RAFAEL BLASCO.

RECUERDOS.

Desde un día venturoso

Que un ósculo puro, ardiente,

Imprimí en tu rostro hermoso,

Que huyen constantemente

De mí la paz y el reposo.

Y desde sobre mi pecho

Un día, en abrazo estrecho,

¡Ay! latió tu corazón,

Que tengo el mío deshecho

Al fuego de mi pasión.

Y ni un instante se apaga
En el alma tu memoria.
Nada hay que la satisfaga,
Mas que una esperanza vaga
De encontrar en tí, su gloria.

Vaga, sí; porque yo ignoro
Qué es lo que pide mi afán.
Yo soy acero; tú, imán;
Por tí río, por tí lloro,
Y á tí mis deseos van.

Allí do una flor me atrae,
Donde la brisa me orea,
O hay algo que me recrea,
Mi imaginación te trae
Para que el alma te vea.

¿Qué placer, sin tí, concibo?
¿Qué dicha, sin tí, disfruto?
Ninguna: para tí vivo,
Y á todas horas, tributo
Te rinde el pecho cautivo.

Hasta el sol, cuya luz pura
Alegra el prado y el río,
Me causaría tristura,
A no pensar que, bien mío,
También para tí fulgura.

Los afectos mas benditos,
Los goces mas infinitos
Que la familia me inspira,
Arden en la misma pira
En que á Amor, consagré ritos.

Mi ser llenas todo, sí;
Por eso ignoro, mi afán
Que es lo que pide de tí.
Pide tanto, que, ¡ay de mí!
Tanto, nunca le darán.

Tengo, no obstante, esperanza,
Tenla tú también, mi bella;
Que el hombre todo lo alcanza,
Si el porvenir en bonanza
Le muestra siempre esa estrella.

V. N.

LA GOTA DE AGUA.

(Pensamiento de Victor Hugo.)

¡Oh, no; jamás insulteis
A una mujer cuando cae !
¡ Quién sabe bajo qué peso
Sucumbe su alma, quién sabe !
¡ Quién sabe, quién cuantos dias
Combatió la pobre el hambre !
¿ Quién de vosotros no ha visto
Despedazada arrastrarse,
A alguna de esas mujeres
Que desfallecidas caen,
Y con las manos crispadas
Piden ¡ ay ! qué las levanten ?... —
— Tal de una rama al extremo
Gota de lluvia brillante
Rehila, hasta que la expulsa
De allí una ráfaga de aire,
Y tiembla á la sacudida,
Se agita y lucha, y la que antes
Perla fue, caida apenas,
Solo es fango deleznable.
— Y la falta está en nosotros;
En tí, rico; en tu oro infame !
Mas si aun contiene aquel fango
Del puro líquido parte;
Para que la gota de agua
Deje el polvo despreciable,
Y de esplendor al estado
Torne otra vez, es bastante,
— Y de esta manera todo
Puede á la luz remontarse —
Que un rayo de sol la alumbre,
Que un rayo de amor la bañe.

CONSTANTINO LLOMBART.

EN LA PLAYA!...

LEYENDA.

(Continuacion.)

—Te lo perdono, porque necesito que tratemos como buenos amigos; tenemos mucho que hablar.

—Eso prueba que me va V. á dar alguna sorpresa, ¿quizá algun obsequio!... dijo la jóven llena de gozo.

—Nada de eso; prosiguió su padre. De lo que tengo que comunicarte es quizá de lo que depende tu felicidad.

—¿Mi felicidad!... ¿pues acaso no soy feliz?

—Ya puedes comprender á qué me refiero; varias veces te he dicho que tu situacion no es muy ventajosa. ¿Qué seria de tí, pobre niña, mañana que dejara de existir este pobre viejo que ya de nada sirve! tú necesitas un hombre que te guarde, que te quiera, que te llame su esposa en fin.

—¿Casarme!... dijo Luisa bajando los ojos con tristeza; yo no quiero á nadie sino á V., padre mio!

—¿Pues yo no lo consiento!... primero que todo es tu felicidad, tu porvenir; quiero que te enlaces con un hombre que te ame, que satisfaga todos tus deseos, tus mas leves caprichos, que no se separe un momento de tu lado; no quiero que mueras como murió tu pobre madre lejos de un esposo que la prestase auxilio en las ánsias de la muerte; es claro, ¿yo era entonces marino y mientras luchaba con los vientos y las olas en mi pequeño bergantin, mi mujer estaba sola, enferma, espirando lejos de mi!... ¡oh!... nunca; lo he jurado, Luisa, mientras yo aliente no te enlazarás con ningun marino.

—¿Madre mia!... exclamó Luisa enjugándose una lágrima que rodaba por sus megillas, como una gota de rocío al resbalar por los nacarados pétalos de la rosa.

—Tú eras niña, muy niña todavía cuando murió. Al volver de mi viaje estabas sola en el mundo, y desde entonces no me he alejado de estas costas; quiero vivir siempre á tu lado, quiero exhalar junto á ti mi último aliento.

—¿Ah!... sí; yo estaré siempre con V.; ¿no es cierto?

—Sí, Luisa; pero ya no eres una niña; á tu edad ya debe pensar la mujer en el mañana de su vida; un enlace ventajoso acabaría de labrar tu felicidad.

Luisa quedó inmóvil; la memoria de Enrique no se habia borrado por completo de su corazon, y las palabras de su padre le habian recordado las promesas de eterno cariño que le habia hecho antes de partir; ¡pero habia trascurrido tanto tiempo!... ¡quizá las tempestades le habrian sepultado en el abismo y guardara á su novio una fidelidad inútil! sin embargo, su corazon le amaba y no podia resolverse á dar su mano á otro hombre.

—Padre mio... le respondió balbuceando; yo no habia pensado á la verdad en casarme tan pronto.

—¿Qué quiere decir eso?... replicó el Sr. Diego frunciendo las cejas.

—No, no se incomode V. por eso, dijo Luisa al ver el mal efecto que habian causado sus palabras: ¡Pero soy tan jóven!... no he conocido otro amor que el de V., y la idea de unirme á otro hombre me dá miedo.

—¡Niñerías!... Al fin y al cabo ha de suceder, y mi muerte seria horrible si te dejara sola en el mundo.

—No diga V. eso; ¿quién piensa en la muerte?

—Yo, que veo que mi frente se arruga, que siento que mis fuerzas flaquean y que mi cabeza se pone blanca como la nieve; yo, que tras una vida de padecimientos me encuentro viejo y lleno de achaques que solo puede curar la muerte... Créeme, Luisa, yo te lo ruego, te lo suplico; un buen marido te hará dichosa y te protegerá cuando yo deje de existir, y si esto no es bastante... ¡yo te lo mando!...

La voz del Sr. Diego recobró tal imperio al pronunciar estas últimas palabras, que Luisa se estremeció y comprendió al momento que la voluntad de su padre era inquebrantable y una temeridad contradecirle; la boda era precisa; necesario resolverse á unirse con otro hombre que no fuera Enrique.

El orgullo propio de la mujer tambien levantó su voz en el corazon de Luisa; la idea de quedar soltera no habia entrado nunca en sus cálculos, y todas estas razones eran muy suficientes para que obedeciera la voluntad de su padre.

—Bien, padre mio, haré lo que V. guste; mi voluntad es la suya; suyos mis deseos y mis aspiraciones.

—No Luisa, yo no exijo de tí un sacrificio; eso nunca; quiero que tú elijas tu esposo libremente; recuerda tan solo que he jurado no enlazarte con ningun marino. Habla...

—¿Y para qué?... yo no conozco... no quiero á nadie; presénteme V. á uno que sea digno de mí, y si V. lo quiere... yo le entregaré mi corazon.

—Pues bien; prosiguió el Sr. Diego besando la pura frente de su hija; yo elegiré tu esposo y serás feliz; piensa en los preparativos de tu boda.

Y tras estas palabras abandonó la estancia. Luisa quedó inmóvil durante algunos minutos; despues se dirigió maquinalmente á la ventana, contempló el mar que se perdía en lontananza entre las densas nubes, y al mirar su superficie que no sombreaba ni una lejana vela, dejó escapar estas palabras.

—¡No vendrá!...

CAPÍTULO III.

Una boda.

Acababa de amanecer hacia pocos momentos y ya en la casita de la playa se notaba gran agitacion; los criados iban y venian sin cesar arreglando las habitaciones, los cocineros se revolvian junto á las hornillas apresuradamente y las doncellas encerradas en la habitacion de Luisa la engalanaban con innumerables riquezas.

La casa del Sr. Diego presentaba un aspecto enteramente nuevo hasta entonces; la pacífica casa de la niña y el anciano parecia verse invadida por un ejército enemigo que lo trastornaba todo con estrépito, y sin embargo, los pescadores al pasar bajo sus ventanas sonreian maliciosamente y decian unos á otros:

—Esta boda dará mucho que decir en el pueblo.

—Vaya si dará; como que el Sr. Diego es el mas rico de todos los viejos marinos y D. Andrés el mayor capitalista de la comarca.

—¿Con que es seguro que el novio es D. Andrés?

—¡Segurísimo! y eso que debe doblar en edad á la hija del Sr. Diego.

—Déjalos; allá se las hayan; esa gente antes que el cariño busca el dinero; por eso no encuentran nunca la felicidad en el seno de la familia.

Y se alejaban lentamente despues de este corto razonamiento, que á intervalos y en pequeños grupos se oía susurrar por los alrededores de la casa blanca.

En cuanto al padre de Luisa, no estaba quieto tampoco y dirigia toda aquella baraunda, como el capitan que desde el castillo de proa manda una maniobra urgente para la salvacion de la nave.

Llegó por fin la hora de ir á la iglesia; el dichoso mortal novio de Luisa apareció en la puerta de la casa, engalanado con todo el rigor que requería el acto y sonriendo con inefable placer.

D. Andrés era un rico comerciante de Málaga que se habia retirado al pintoresco pueblecito, para disfrutar tranquilamente de sus

crecidos ahorros, aunque no aparentaba tener mas de 36 ó 37 años, gracias á su vida sosegada é irrepreensible conducta, no faltaba quien se atrevia á asegurar que frisaba en los 45. Su semblante risueño y la tranquilidad de su mirada, denotaban en nuestro héroe la bondad que atesoraba su corazon; de modo, que D. Andrés tan pulcro, perfectamente afeitado y vestido con el traje de boda, parecia tener 10 años menos de los que en realidad tenia; tan solo alguna cana impertinente se dibujaba sobre la negra cabellera, viniendo á empolvar ligeramente sus lácios cabellos.

Por lo demás, D. Andrés era el hombre que el Sr. Diego habia soñado para su hija; nadie tan amable, tan condescendiente, tan bondadoso como aquel hombre; dedicado toda su vida á las operaciones mercantiles no habia pensado nunca en amar á una mujer, y cuando la fria razon de los años penetró en su alma, conoció la necesidad que tenia del cariño de una esposa; Luisa habia cautivado su corazon hacia algun tiempo, y el afortunado comerciante se lo insinuó á su padre ligeramente; ya conocemos los motivos que tenia Luisa para aceptar su mano de esposo; las súplicas de su padre eran para ella órdenes terminantes.

Las nueve de la mañana serian próximamente, cuando la comitiva salió de la casa del Sr. Diego; la novia estaba encantadora: negras trenzas esmaltadas de perlas caian graciosamente sobre su espalda: su vestido de seda crujia sobre las brillantes arenas de la playa, y sus rosadas manos llenas de ricas sortijas jugaban instintivamente con un blanco abanico de marfil. Al salir de su casa iba abstraída completamente en sus pensamientos y su mirada vaga é indecisa se dirigió hacia el mar; nada turbaba sus tranquilas aguas, las olas con su incesante murmullo llegaban incansables una tras otra á depositar sus espumas en la orilla. Volvió la vista hácia el puerto y vió una hermosa corbeta que hinchaba sus velas en aquel momento; los marineros agitaban sus pañuelos en señal de despedida, y la embarcacion, impelida por la ligera brisa empezó á alejarse rápidamente. Luisa sintió que se le humedecian los ojos al contemplar aquella escena que tan tristes recuerdos traia á su imaginacion, y apoyándose en el brazo de su padre prosiguió su camino hácia la iglesia.

Agitada y pensativa llegó al pie del altar á pronunciar con voz insegura y apagada el sí fatal que la ligaba á otro hombre; el sacerdote estendió su santa bendicion sobre sus cabezas, y á la media hora próximamente salian los dos esposos de la iglesia con todo el acompañamiento que formaba la comitiva.

La decision del Sr. Diego era irrevocable, y á pesar de las objeciones hechas por D. Andrés, tuvo que resignarse este á vivir con

su esposa en la casita de la playa; era preciso por lo tanto regresar á la misma, y con la sonrisa en los lábios se dirigieron todos á la casa del Sr. Diego.

Luisa continuaba distraida y silenciosa como si no supiera lo que hacia; su imaginacion estaba en otra parte; su mente recorria con avidez la rizada superficie de los mares que ondulaba la brisa con su ligero movimiento; cuando llegó á la playa se estremeció al oir el murmullo de las olas, como si aquel leve rumor la hubiera sacado del letargo en que estaba sumergida penetrando hasta su corazon; abrió ávidamente sus hermosos y negros ojos y los estendió sobre aquel manto azul cubierto de espuma; la corbeta desaparecia rápidamente de su vista; despues pareció ocultarse entre las olas y el mar volvió á quedar solitario y despejado como antes, tranquilo como un vasto desierto de agua.

Las habitaciones de los dos esposos estaban preparadas lujosamente en cuanto cabe en un pueblo como el de Palos; costosos muebles y elegantes cortinages adornaban los espaciosos salones destinados para los novios; pero por un capricho quizá natural, quizá extraño, Luisa no quiso tocar un ápice de su pequeño gabinete; aquellas aseadas cortinas, la pintoresca ventana y las verdes hojas de las enredaderas conservaban en el corazon de Luisa los recuerdos de su niñez y con ellos la memoria de Enrique, de Enrique que como el apagado fuego bajo las humeantes cenizas vivia perennemente bajo los misterios de su pecho virginal.

El desayuno estaba aguardando en el comedor; los convidados se desbordaron al punto por el salon, y los recién-casados tomaron asiento á ambos lados del Sr. Diego.

El almuerzo dió principio con suma algazara; Luisa reia tambien algunas veces, y de su pura frente parecia haber huido aquella sombra de melancolía que no la abandonó durante la ceremonia. Don Andrés estaba loco de amor y el Sr. Diego henchido de placer.

(Se continuará.)

LEANDRO TORROMÉ Y ROS.